



## EJERCICIO DE LA SAGRADA

PASION DE NUESTRO SEÑOR

JESUCRISTO.

Dedicase este dia al Sagrado Cora-  
zon de Jesus.

ORACION JACULATORIA.

Jesu, doloris víctima,  
¿Quis te innocentem compulit,  
Dura ut. apertum lancea.  
Latus pateret vulneri?  
¿Quién oh Señor! te obligó á  
padecer por nosotros?

PUNTO PRIMERO.

LA ORACION DE JESUS EN EL HUERTO.

COMPOSICION DEL LUGAR.

Entramos en el huerto de los oli-  
vos para acompañar á nuestro ama-  
ble Salvador en su oracion. En ese  
sitio reina un profundo silencio, inte-  
rumpido á veces, por los tristes sus-

piros del Señor: la luna derrama su pálida luz sobre este cuadro que anima el Espíritu de Dios: la sublime y dolorosa melancolía que inunda el alma santa de Jesús, penetra suavemente nuestro corazón y nos convida á orar. Hé aquí lo que nos dice el Evangelio: Dijo Jesús á tres de sus discípulos: Triste está mi alma hasta la muerte: esperad aquí y velad conmigo. Y habiendo dado algunos pasos, se postró sobre su rostro é hizo oracion, y dijo: Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz. Mas no como yo quiero, sino como Tú... Y puesto en agonía oraba con mayor vehemencia. Y fué su sudor como gotas de sangre que corria hasta la tierra. (1)

¿Qué pasaba en el alma de nuestro amoroso Jesús, allá en el huerto,

(1) Matth. XXVI. 36—39. Luc. XXII. 43. 44.

cuando dirigia al Padre esa tierna y sentida plegaria? Sin duda grandes y profundos misterios los que, ántes de querer vislumbrar, veneramos con humilde y reverente adoracion.

El celo por la gloria de su Padre y su propia santidad, nos parecen ser el primer objeto que llenaba el alma del Señor.

La gloria, la majestad y la grandeza del Eterno brillaban á sus ojos con los resplandores de una luz inaccesible á los demas mortales: se postra sobre su divino rostro y le adora; pero al adorarle, su alma se entristece y embriaga de mortal angustia; ¿qué ha pasado por esa alma tan sensible? Ha visto esa gloria cubierta de ignominia, y esa grandeza y majestad desconocidas; ha visto los pecados de los hombres; los contempla todos, en su in-

calculable número, en su espantosa gravedad, y con los más tristes y repugnantes matices que presentan en sus indefinidas y variadas formas: tenebrosos é insondables abismos donde la ignominia y la perversidad son sin término. ¡Y el alma inmaculada y santa de Jesus, penetra esos abismos de horror sempiterno! Y sin embargo ve á su ofendido Padre que derrama, como la luz y el rocío, sus beneficios sobre esos hombres culpables; y le ama sin medida, y su corazón agoniza á la terrible violencia del sufrimiento; y el sudor de sangre declara sus angustias. ¿Dónde estaría su amor al Padre si viera con indiferencia sus ofensas? ¿dónde su virtud sino se horrorizara á la vista del pecado?

Nuestros pecados pasaban á la vista de Jesus, como negras y pesadas

nubes que lo hacian exclamation: Triste está mi alma hasta la muerte. Ellos affigieron su amable corazón: ¿Quién pudiera recordar estas tristezas, sin llorar amargamente sus delitos?

Nuestro amoroso Señor se halla sumergido en profunda pena por nuestros pecados; ¿y nosotros no quisiéramos mezclar con sus lágrimas santísimas las nuestras? ¡Ó, los ojos cargados con el sueño no podrán acompañarle en su oracion? ¡Qué conmovedores son para quien ama á Jesus estos misterios!

#### PONDERACION.

La santidad de Nuestro Señor dulcísimo y la gloria de su Padre eran los polos sobre que giraba la inmensa mole del dolor que le oprimía. Esa gloria se ha perdido en el mundo; Jesus

viene á buscarla y la hallará sin duda, y reparará el honor de su Divino Padre; mas ¡ay dolor! para esto será preciso atravesar un torrente de amargas y profundas aguas: afrentas, dolores, humillaciones, desamparo, azotes, espinas, crucifixion y la muerte más amarga entre facinerosos... Esto áun no será bastante; tendrá que tomar sobre sí nuestras iniquidades que recibir nuestros pecados. Y todo lo ha de aceptar voluntariamente. Se ha ofrecido á la muerte porque Él mismo lo ha querido: en su mano está entregar su vida. ¿Lo hará? Esa vida preciosa que Jesus tanto ama tendrá un fin tan triste y afrentoso? ¿Rehusará morir; negará su cuerpo á los que quieren herirlo, sus mejillas á los que menden su barba, y su rostro á los que lo injurien y escupan? Entonces ¿quién po-

drá satisfacer á la justicia de su Padre y reparar su gloria? Pero, ¿cómo Jesus, la misma Santidad, podrá cubrirse de nuestros crímenes y presentarse así delante el Señor! Ese Hijo que ama infinitamente, á su Divino Padre, y en quien el Padre se complace, ¿podrá sufrir los efectos de su indignacion y ser herido y humillado por su mismo Padre? Y si no aceptas la muerte ¿qué será de nosotros, Salvador del mundo? ¿Y nos dejarás perecer sin remedio? Si ofreciere su vida por el pecado verá una descendencia muy duradera.

Así Jesus Divino, fuiste angustiado amargamente allá en el huerto: rogaste al Eterno que pasase de Ti el cáliz, del dolor; pero te conformaste con su soberana y adorable voluntad, y lo aceptaste: ¿dónde está tu inocen-

cia y santidad? se halló como envuelta y oprimida bajo el enorme peso de nuestras maldades, porque el Señor las puso sobre Ti; ¿Dónde está la encantadora hermosura de tu rostro? “No es de aspecto bello, ni es esplendoroso... Su rostro está como cubierto de vergüenza y afrentado.”

¡Admirable é incomprendible amor de Jesus hácia nosotros! ¿qué hiciera por la gloria de su Padre que no lo hiciera también por la salud del hombre? Esta reflexión nos humilla y anonada dejándonos profundamente conmovidos; que nuestro amable Señor se entregue á la muerte en doloroso sacrificio por la gloria de su Divino Padre, no nos parece difícil de comprender; ¿por ventura la grandeza y majestad infinitas del Dios á quien ofende el pecado, su dulcísima bondad

desconocida y ultrajada, no merecen la humilde adoración de Jesus, que se ofrece en holocausto á la justicia eterna? ¿ó su amor no derramaría copioso llanto al ver los terribles efectos de nuestros delitos? Pero, ¿entregarse á la muerte por nosotros, ruines y vilísimas criaturas tomándo sobre sí nuestros pecados, y sufriendo el castigo que merecíamos! Esto nos parece incomprendible; y al de tenernos en tan dulces y amorosos pensamientos, sentimos que la caridad de Jesus nos urge, nos estrecha en tanto grado que bien quisiéramos olvidándonos de todo, no pensar sino en Jesus, ni amar sino á Jesus, porque nada hay comparable en el cielo y la tierra con su amor dulcísimo; y todo nos parece como basura cuando con él lo comparamos; y son nada nuestros grandes sa-

crificios por adquirir su posesion.

### RESOLUCION.

¿Qué podremos negar á la gloria de Jesus? ¿por ventura su Majestad se ha negado á beber el cáliz del dolor por nuestra salud? Sacrificó su vida por el hombre. Desde hoy Jesus mio, mi vida y todo mi sér lo pongo en vuestras manos: toda mi ocupacion será serviros: procuraré continuamente conocer vuestra divina voluntad para cumplirla: nada me importan las dificultades y sacrificios necesarios para esto: animado con vuestro ejemplo y sostenido con la gracia, no desfalleceré en mis santas resoluciones. Mis más ardientes deseos serán por vuestra gloria. ¿Qué puede haber para mí, más amado, acá en el mundo que los intereses de esa gloria santa y hermosísima? Haced que jamas me

olvide de llevar en mis labios y sobre mi corazon estas palabras: No se haga mi voluntad sino la vuestra: todo lo hago por vuestra gloria. Así sea.

### PUNTO SEGUNDO.

#### LA CORONACION DE ESPINAS.

El pasaje en que se nos refiere la coronacion de espinas, no puede leerse sin lágrimas de amor en nuestros ojos. Los soldados del presidente tomando á Jesus, para llevarle al pretorio, hicieron formar al rededor de Él toda la cohorte: y desnudándole le vistieron un manto de grana, y tegiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha. Y doblando ante Él la rodilla, lo escarnecian, diciendo: Dios te salbe Rey de los judíos. Y escupiéndole, tomaron una caña y lo herian en la cabeza. (1)

(1) Matth. XXVII. 29—30.

Salgamos á contemplar á Nuestro Rey adorable con la diadema que le coronó su madre en el día de su desposorio y de la alegría de su corazón.

(1) Es necesario, efectivamente, salir de nosotros si queremos contemplar esos misterios inefables de las humillaciones de Jesús, porque su grandeza y profundidad no las alcanza la razón humana.

¿Quién es el que así vemos tan barbaramente afrentado? Es el soberano Señor del universo, á cuyo tacto huye la lepra, bajo cuya planta el mar se vuelve sólido, á cuya voz los muertos resucitan, que lleva todas las cosas con la palabra de su virtud, por quien todo ha sido hecho, y existe cuanto tiene vida. Hoy sin embargo, es el objeto de los sangrientos y asquerosos escarnios de las más infa-

(1) Cant. III. 11.

mes criaturas. ¡Cómo! ¡El Hijo de Dios hecho rey de burla, objeto de los últimos oprobios! Los ángeles de paz, horrorizados, cubren su rostro y se van llorando. ¡Oh, con cuánta verdad dijo el Señor por boca de David: Yo soy un gusano, y no un hombre; el oprobio de los hombres, y el desecho de la plebe! y ¡con cuánta justicia nosotros debemos, llorando de dolor, adorar con el más humilde y dulce sentimiento de nuestra alma, á nuestro supremo y verdadero Rey, que es insultado tan indignamente! ¡Oh, si nuestras adoraciones y alabanzas compensaran las injurias tan atroces que sufrió por nuestro amor! ¿qué consuelo sería para nosotros? ¿dejaríamos un momento de alabarle? Alentémonos: nuestras adoraciones y alabanzas, no sólo consuelan nuestras almas; sí que

también alivian el corazón afligido de Jesús: ¿ó seremos como simples espectadores, á quienes nada dicen esos dolorosos sufrimientos del Señor? Jamás lo permita nuestro amor; lloremos, amemos, alabemos á Jesús, porque ¿cómo contemplarle padeciendo esas afrentas por nosotros, y no sentir deshacerse de ternura el corazón, y no llorar nuestros pecados, bendiciendo su bondad incomprensible?

#### PONDERACION.

Los gentiles coronaron de espinas á Jesús; ¿qué corona es la que nosotros sus hijos, los cristianos, ponemos en su divina frente? porque esa frente en que están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, siempre ha de llevar corona. ¿Son acaso, nuestros pensamientos, celestiales, y se o-

cupan en glorificar á Dios y preservarnos de toda mancha de la carne y del espíritu? Entónces es de oro la corona con que ceñimos la frente del Señor, y resplandece con el brillo de la más hermosa santidad; ¿qué consuelo tan dulce sentiremos! Mientras tantos ingratos le presentan coronas de espinas, nosotros le damos algún descanso con las que venimos á ofrecerle tegidas de amores y santos pensamientos. Mas ¡ay dolor! ¿quién no lleva en el alma, tristes y amarguísimos recuerdos, de las agudas espinas con que ha coronado la frente de Jesús? ¿Y no le serán más penetrantes y sensibles cuanto somos más queridos de su Majestad? Oigamos la sentidísima queja que nos da por boca de David: En verdad que si me hubiese llenado de maldiciones un e-



nemigo mio, hubiéralo sufrido con paciencia; y si me hablasen con altanería, los que me odian, podría acaso haberme guardado de ellos. Mas tú, oh hombre, de un corazón conmigo, mi guía y mi conocido: tú que juntamente conmigo tomabas el dulce alimento, que andábamos de compañía en la casa de Dios..... (1) Qué responderá nuestro corazón á estas expresiones de la más amable ternura? ¡Nosotros que le hemos jurado eterno servicio, á quienes ha tratado con amor é inefable familiaridad, nos hemos acercado á su Majestad para coronarlo de espinas, aprovechando los secretos de ese mismo amor y sus favores, para hincar más segura y hondamente esa corona, en la cabeza de Jesus! ¡Tendremos lágrimas bastan-

(1) Sal. LIV. 13.— 15.

tes para llorar nuestros pecados?

### RESOLUCION.

Las humillaciones que mi Divino Salvador sufrió por mí, me enseñan la paciencia y dulzura con que he de recibir las injurias y desprecios de los hombres: ¿ignoro, acaso, que Jesus vino á enseñarme con su ejemplo el camino que debo seguir para salvarme? ¿podré conseguir mi salvación, sin manchar sobre sus huellas? Por otra parte, el amor de mi dulce Señor, ¿no me hará suspirar por hacerme semejante á su Majestad? ¿qué corona más propia y hermosa para la frente de un verdadero cristiano, que la humillacion y los oprobios?

Llenad mi corazón, Jesus mio, del ardiente deseo del sufrimiento, y de ser despreciado y confundido por tu amor. En medio de mis humillacio-

nes me acordaré de lo que sufriste por mi causa, cuando fuiste coronado de espinas y escarnecido. Esto me llenará de consuelo y sostendrá mi corazón. Al contemplar cuán sensibles son á Jesus los pecados de un cristiano, me resolveré á evitarlos con la mayor vigilancia y cuidado sobre mí, y á llorar amargamente los que he tenido la desgracia de cometer hasta el presente: ¡qué dulces me serán las lágrimas de la penitencia cuando reflexione, que ellas vienen á consolar á mi Divino Jesus á quien tantas veces he contristado!

### PUNTO TERCERO.

LA CRUCIFIXION DE NUESTRO SEÑOR.

La muerte de los crucificados es cruelísima y muy amarga. La multitud de nervios que hay en las manos y en los piés, y la exquisita sensibili-

dad de estas partes, el peso del cuerpo que aumenta continuamente el dolor, y la terrible prolongacion de la agonía, nos manifiestan la atrocidad de ese suplicio. En nuestro dulce Señor añadid á esto, los sufrimientos interiores. Padece por los pecados de los hombres como si fueran propios, y contempla la ruina de los judíos y de los demas pecadores que se perderían. Su delicadeza y sensibilidad en sentir todo el peso del dolor no daba lugar á algun consuelo tanto en el cuerpo como en el alma: su sagrado cuerpo formado por el Espíritu Santo, era de una perfectísima complexion. Su alma llena de la sabiduría de Dios penetraba todas las causas de su amarga situacion, y se sentia abandonado en sus dolores, los que correspondian en su acerba magnitud,